

Crónica 13: Omkareshwar y las cuevas de Ajanta y Ellora (Traducción del original en catalán)

Miramos impacientes el reloj del autobús, al parecer hace rato que estamos en Chennai, lo deducimos por las direcciones escritas en las vallas publicitarias, pero el cruzar una ciudad de seis millones de habitantes, nos ha desconcertado todas las previsiones horarias. Llegamos a la Railways Central Station a las tres y media de la tarde y sólo falta un escaso cuarto de hora, bajamos acelerados del autobús y nos indican que alcancemos el 15 B, que nos llevará directos a la estación. Una vez dentro comienza a llenarse con gran rapidez, pero no arrancamos, contagiados nuestra impaciencia a los compañeros de asiento que nos aconsejan tomar un auto rickshaw ya que el bus urbano entre atascos y paradas, tardará más de tres cuartos de hora en dejarnos a término. Saltamos decididos y nos metemos como podemos dentro de una vespa-carruaje, el conductor que percibe nuestras prisas, aprovecha para timarnos en el precio. Nos deja delante de dos gigantescos edificios, vemos imposible poder encontrar la ventanilla correcta donde confirmar la reserva del billete, corremos hacia la primera abertura rejada que no está repleta de hombres que se cuelan unos a otros, por aquellas casualidades incongruentes de este país, dentro del bullicio más caótico y exacerbado, perdidos en una inmensidad de personas y paquetes que se mueven al unísono, el señor de la ventanilla, calmado y con una serenidad de espanto, nos indica amablemente que el Grand Trunk Express está parado en la vía número dos del edificio rojo, que debemos subir al onceavo vagón. La eficiencia de este personaje nos lleva directos al andén de un tren larguísimo, decenas de mozos vestidos de rojo cargan con una energía - que parece no provenir de sus cuerpos- unos paquetes que les triplican en volumen, familias que despiden a los suyos y vendedores que acercan la carretilla de frutos secos, agua y pastas fritas, a las ventanillas del tren.

Compartimos literas con siete chicos de la armada India, ansiosos de indagar curiosidades de un estilo de vida estrambótico que llega descafeinado al televisor de sus hogares. Nos piden si es verdad que en Europa los periódicos están hechos de ropa, si se puede practicar el sexo libre y cuántas cosas se pueden comprar con 50 rupias, un euro. Prudentemente sincerados retomamos el turno de preguntas, ahora nos toca a nosotros el saciar las fisuras que observamos en las pautas del comportamiento hindú, pero nada, habíamos olvidado que estábamos hablando con unos servidores de la patria, gloriosos de ser uno más del millón y medio de soldados del segundo ejército más grande del mundo. Vista su rigurosidad de pensamiento, terminamos afirmando que estamos cansados y abandonamos las conversaciones sulfurosas para hablar del relieve y el clima del país. Hace rato que se ha puesto el sol y oscurecido el paisaje seco y polvoriento que nos perseguía, parece ser que los compañeros de la armada nos van cogiendo cariño y esparcen a los cuatro vientos nuestras curiosidades, se ríen de nuestras chancletas, dicen que nos hemos equivocado, que éstas solamente las llevan los pobres, nos han mirado extrañados al saber que precisamente las habíamos comprado porque eran las más baratas. Debe de haber algo de misterioso con el tema de las chancletas, todos han colocado los zapatos sobre los ventiladores del tren y han sacado las suelas de goma del equipaje, nos sentamos descalzos, con las piernas cruzadas o estiradas, vamos combinando posiciones para no quedar tiesos, pero cada vez que alguien tiene que ir al lavabo o bajar a comprar pastas fritas durante las paradas más largas del tren, se colocan las primeras chancletas que encuentran, suerte de recriminarnos de que era calzado para pobres, ahora todos van ligeros para probarse las nuestras. El cocinero del tren nos pide si queremos un arroz *biryani*, accedemos ya que no tenemos otra opción, pero a la segunda cucharada ya estamos destrozados, nos lloran los ojos, nos chorrea la nariz, nos arde la boca y el cuello y durante unas cuantas horas tendremos los labios inflamados. Nuestros compañeros preparan la escena del ágape como un ritual rutinario, han extendido unos pañuelos y han

sacado unos termos de aluminio, desfilan uno a uno hacia la pila de lavar las manos y vuelven para sentarse con el trapo en el regazo y desmontar los compartimentos de la fiambarrera, piden alguna salsa al cocinero del tren y la mezclan con arroz, sólo hacen servir tres dedos de la mano derecha, engullen los alimentos con la inercia del que cumple la misión de llenarse el buche a las ocho de la noche. Arrojan las sobras por la ventana, se sacuden los granos de arroz extraviados y vuelven del lavabo con las manos mojadas. Haciendo un cálculo aproximado, durante diez minutos unas 2000 personas acaban de deshacerse del plástico y del papel que envolvía su cena arrojándolos a las tierras de Andhra Pradesh desde las ventanillas de un solo tren.

Pasamos la noche tambaleando tumbados en este almacén de personas, el sueño nos llega justo cuando empieza a despuntar el día y el vagón se revoluciona.

Vendedores de té, café, pastas grasientas, periódicos, chicos que barren, madres que engalanan a sus hijos con gorra y bigotes y los mandan a cantar por los vagones del tren... En Nagpur todos los compartimentos quedan inundados de vendedores de naranjas, todo el mundo acapara bolsas para regalar a sus familias, dicen que son las mejores naranjas de toda la India, y realmente lo son, pero nosotros las llamamos mandarinas. Estamos cruzando el estado de Madhya Pradesh, la tierra del centro, extensiones de terrenos áridos y comunidades rurales enjugadas por un sol ardiente y pérdidas en medio del polvo seco del Decá. Hace quince horas que viajamos juntos y ya casi somos una gran familia, todo el vagón esta pendiente del partido de críquet entre la India y sus eternos rivales, el Pakistán, que en lengua *urdu* significa la tierra de los puros. Decenas de transistores, antenas y cabezas cuelgan de las ventanas intentando sintonizar la emisora entre los chirridos del tren, carrerillas de un lado a otro, gritos de alegría y desilusión al unísono y una sensación de compañerismo que une a todos los que cruzan el pasillo, vendedores y chicos que piden caridad son bien recibidos para animar al equipo contemplando emocionados los destartados transistores. Dos chicos eunucos, *hijras*, dejan sus bailes sensuales para sentarse con nosotros a escuchar el partido de críquet, van vestidos de mujer con maquillajes chillones, la castración ha redondeado sus cuerpos y por unos momentos dejan de exhibirse a cambio de dinero, hemos leído que muchas mafias se aprovechan de su vulnerabilidad y les ofrecen protección a cambio de más de la mitad de lo que recaudan, son rechazados socialmente y a la vez temidos por sus maldiciones, se cree que si asisten al nacimiento de un bebé, absorben sus tendencias homosexuales, muchas familias los pagan por bailar en sus casamientos y otras para que no se acerquen o no se arremanguen las faldas. En 1984 se creó un grupo social para proteger a los eunucos, el All India Hijras Kalyan Sabha, ha denunciado que anualmente unos 1000 chicos de la calle son raptados y castrados bajo los efectos de las drogas, los pocos que sobreviven a estas prácticas aberrantes, son obligados a prostituirse y cualquier denuncia es inútil ya que el código penal del país, no contempla la castración como un delito y el poder de las mafias silencia este martirio.

Veinticuatro horas de tren y llegamos a Itarsi, sudados y sin aliento nos sentamos esperando el tren que nos llevará a Khandwa, vamos llenos de polvo, mucosidades y legañas negras, nos refrescamos inútilmente en el grifo de la estación, enjuagando los regueros de suciedad que resbalan hasta los codos. Decidimos tomar un bocadillo en la cantina pero sólo sirven *thalis*, nos sentamos resignados delante de una plata de jugos picantes para mezclar con el arroz, cada vez que encontramos un pelo, pensamos en la suerte que hemos tenido al no tragarlo, pero esta vez ha sido necesario hacer de tripas corazón para terminar de comer sin escrúpulos, con una rata de cloaca que se paseaba con gracia dentro la vitrina de las tazas.

Nos acomodan en un vagón con sillas de madera, cambiamos de tren pero el ambiente de emoción del partido de críquet parece contagiar a todo el país, el ruido de los transistores y los gritos de alegría amenizan las cuatro horas de viaje que nos faltan para pasar la noche en tierra firme. El aire está cargado, emanaciones de gasóleo proveniente de la locomotora se mezclan

con las del calor humano y el olor de cacahuetes. Llegamos a Khandwa, a primera vista la imagen resulta espeluznante, parece una ciudad arrasada, ahogada en un denso humo, llena de hogueras olvidadas a medio hacer, con centenares de personas pasando la noche en el suelo de la estación, de lejos resuenan trompetas, tambores y algún que otro petardo extraviado. Son las postrimerías del festival del dios Shiva que ha dejado exhaustos a todos los habitantes de los alrededores, pero hacia las diez de la noche, el ambiente de resaca vuelve a resurgir para celebrar la victoria del partido de cricket.

Dormimos a pierna suelta de un tirón ignorando los gritos de alegría que toda la noche han sacudido la ciudad, ya recuperados nos dirigimos hacia Omkareshwar, un pueblecito sagrado perdido en medio de la sequía y la pobreza del Decan. El polvo que levantamos penetra por todas las cavidades atragantándonos con nuestra pastosa saliva, parece que se haya borrado la vida, tierras áridas y agrietadas, algunas comunidades desérticas y de vez en cuando un sari brillante que desafía inexplicablemente la homogeneidad del terreno.

Agricultores que arrastran al trote la carreta llena de hierbas, vacas que mugen lamiendo las piedras, chicas agachadas segando a mano un cultivo reseco, y excrementos de animales puestos al sol en los tejados de las barracas.

Una fábrica de cemento remata el aburrimiento apocalíptico de estas tierras, una manada de camellos galopa airoso y un grupo de niños juegan con neumáticos y hebras de algodón que revolotean de los sacos. Nos hemos detenido en un cruce de caminos, sólo hay puestos de té contruidos con planchas y chatarras, rodeados por un desperdigado de somieres engullendo los cuerpos débiles que se tumban para hacer la siesta a pié de carretera, mareados por el sol y el polvo. Los compañeros de viaje nos hablan animados de su lengua local, no entendemos nada y ellos cada vez hablan más fuerte para que les entendamos, nos salva un jovencito que sabe cuatro palabras en inglés. No nos dejan continuar el trayecto ya que el autobús no lleva luces, después de una hora larga de discusión entre ellos, y ahora que ya ha oscurecido, nos dejan marchar detrás de un camión que ilumina el camino, en el siguiente cruce todo el mundo baja del vehículo a toda prisa y se monta en otro autobús que ya estaba repleto de personas, desistimos, creemos imposible meternos allí dentro, pero nos dan un tirón y nos cargan con paquetes incluidos. Llegamos magullados al pueblo de los peregrinos, las aguas del río Narmada se bifurcan rodeando una isla de barrancos que vista desde lo alto dicen que tiene la forma del símbolo “OM”.

Millares de devotos hacen noche en la calle, bajo los troncos de los árboles sagrados cubiertos de bolsas de colores y dulces, los *Dharamshala*, las casas de reposo de los peregrinos, están llenas a rebosar. La calle principal es un mercado permanente de objetos para las ofrendas, polvo rojizo, aceites, flores, collares, estampas de los dioses y mapas de recuerdo con el dibujo de la isla. Una multitud fanática abarrota de rituales individuales los escalones de piedra que bajan hasta el río, centenares de personas se bañan deseosos de purificarse en unas aguas de amarillo-chocolate. Llenan toda clase de recipientes para llevarse el líquido sagrado a su casa, algunos se sumergen, otros se echan agua con cubos o se enjabonan con cantos de alegría lanzando ofrendas al río. Por todas partes se acumulan montañas de zapatos desaparejados estorbando el paso, pisados por las prisas de los visitantes que caminan alrededor de la isla siguiendo el sentido de las agujas del reloj, para cargarse con la energía del *parikarma*, la visita circular. La calle está llena de vagabundos que piden limosna, cabras y vacas que roen lo que pueden. Las cuevas de roca hacen de aposento provisional a los *sadhus* que se agrupan tras el humo de su *chillum* respirando tranquilos y absortos bocanadas de *ganja*, botones de marihuana, y *charas*, hachís. Una montón de templos y dioses de piedra contornean todo el camino que rodea la isla, ruinas pintadas de vivos colores, piedras en forma de *lingam*, ungidas y coronadas con flores, figuritas de dioses delicadamente balanceados a la sombra y las carrerillas de los monos langures de cara negra y sus crías que

se enfrentan a las vacas para atrapar las palomitas y los cacahuets de los fieles. Todos nos saludan con un alegre “harió” –que el dios Krishna esté en tu corazón -.

Se agachan circundando cada lugar sagrado, encestando rupias y acariciando las piedras, un desfile de rituales que se confunden con la rutina de las familias que sobreviven en la isla cargando hijos, fardos de leña y jarras de agua.

Volvemos a Khandwa para coger un tren hacia Jalgaon, en el estado de Maharashtra, subimos a tercera pero casi no cabemos, mujeres enclenques que entran y salen cargando unos sacos de paja que obstruyen el tránsito del pasillo, bultos y paquetes por todas partes y una riada de personas que se encajonan a la fuerza dentro del vagón. Arrancamos tambaleantes y decidimos quedarnos de pie cerca de la puerta para tranquilizar la sensación de claustrofobia. Un chico monta a medio arrancar cargado con una bandeja de cigarrillos, otro se abre paso escalando entre los paquetes y las personas que lo ayudan a cruzar el vagón con la caja de porexpan llena de *burmanflaix* para vender. Un policía robusto empuja a todo el mundo con una escopeta que da más miedo que gracia, ha alcanzado al chico de los cigarrillos y simula que se los arroja todos por la ventana, después de hacerse rogar, va reduciendo la condena hasta que le sustrae un par de paquetes de tabaco para olvidar el encuentro. En medio del caos un señor baja descalzo del portaequipajes y se inclina rezando y lanzando rupias por la ventana, un chico que nos ha visto la cara de sorpresa, nos explica que en aquella dirección se encuentra un templo del dios Shiva. Ahora que hace rato que compartimos recinto y aliento, ya no nos deben ver tan extraños y nos invitan a sentarnos sobre el fardo de paja, el policía nos pide muy altivo porqué no viajamos con reserva en otro vagón más cómodo, le confesamos que sólo hacemos un trayecto de tres horas y que ya nos gusta viajar en tercera, se marcha poco convencido, persiguiendo otro polizón que vende tabaco. Lo habíamos tachado de corrupto y acabamos viéndole un semblante de bondad, como una lucha de dilemas morales que lo sobrepasan intentando hacer ver que hace cumplir la ley mientras hace la vista gorda y deja escapar a los pequeños traficantes de productos ilegales. Todos los objetos que nos rodean deben tener una larga historia, no hay nada de estreno, sólo lucen los vestidos de las chicas, todo es de un color tosco polvoriento, las maletas, los zapatos, los fardos, y las botellas de agua tienen el desgaste de la utilidad infinita.

Hacemos noche en Jalgaon, una ciudad muy moderna con aceras y parejas tomando bebidas en la heladería. Perdemos el autobús que salía hacia las cuevas de Ajanta pero nos indican que dentro de un par de horas sale otro que nos puede dejar muy cerca. Esperamos sentados en unos bancos de hierro discutiendo obstinadamente sobre la “miseria relativa”, un concepto formulado para aligerar nuestras conciencias y saciar la necesidad humana de explicar con lógica cercana todos los fenómenos que nos rodean.

Hay tres hombres que hacen cola delante de nosotros, el primero nos pide diez rupias, el segundo nos da un apretón de manos y se marcha feliz de habernos conocido, y el tercero se desvive en atenciones dándonos la bienvenida a su país y recalcando con exageración todos los detalles del vehículo que nos recogerá. Los pasajeros bajan sedientos agolpándose en el puesto de agua, un tablón y tres vasos de aluminio atados con unas cadenas de hierro, tras el escenario, el aguador llena los vasos sumergiéndolos dentro de unas ánforas gigantes y los ofrece a todo el mundo, debe ser un servicio gratuito, ya que los regaña con prisas para que se apresuren y sólo ofrece un vaso por persona. El autobús llega ya cargado, ahora es el turno del señor de los tickets, tiene la máquina de taladrar en la mano y golpea con fuerza los barrotes de hierro del interior del autobús, controlando a todos los viajeros y haciéndoles recolocar para que no quede ningún espacio vacío, gracias a su capacidad de aglomeración, arrancamos y aún queda espacio para dos personas más. Nos dejan en Fardapur, a cinco kilómetros de las cuevas, es un cruce de caminos en medio de la nada, solo un puesto de té con un par de chicos que nos sirven desairados, arrastran sus cuerpos cansados y nos miran con cara de ultratumba. La carretera desierta, no se ve a nadie, sólo los golpes secos del cartel de un motel ruinoso que

se ilumina a pocos metros. Estamos atrapados en un silencio sepulcral, esta ausencia de ruido nos asusta, absorbiéndonos en la inmensidad de tierras quemadas, remolinos de polvo y golpes de viento seco. Entramos en la dimensión desconocida, desolados hacemos noche en este lugar esperpéntico ahogados con el mal olor a orines del motel del gobierno. Para salir de este cubil, debemos coger un rickshaw, desconcertante, ayer era un cruce de caminos cerca de las cuevas de Ajanta, y hoy es un punto aislado donde no para ni un triste autobús. Nos acercamos al “T-Point”, un recinto muy curioso, tras una barra de hierro custodiada por un guarda que nos cobra cinco rupias por cabeza en concepto de tasas para el gobierno, aparecen unos jardines llenos de flores y hierba verde, unos columpios y una plaza repleta de tiendas de piedras pulidas expoliadas de los yacimientos de cuarzo y roca basáltica. Una flota de autobuses de lujo esperan alineados hasta que los visitantes caen exhaustos bajo los chorros del aire acondicionado, cargados de piedras preciosas, postales y a punto para visitar las cuevas. Nos da mala espina, parece que estemos atrapados en un complejo ficticio creado para saquear, y efectivamente, la entrada nos cuesta 500 rupias por ser extranjeros, nos persiguen los vendedores de piedras y folletos informativos, todo el mundo se ofrece para hacernos de guía. Es una iniciativa reciente del departamento de turismo del gobierno de Maharashtra para conservar el entorno y el patrimonio natural, pero esta especie de lujos, normativas y encadenados, desconciertan a los visitantes y rompen el encanto misterioso del derredor. Un vendedor de cosas varias, entiende nuestro desánimo, dice que hace un par de años todos entraban por unas pocas rupias, y que el año pasado subieron tanto los precios de los no residentes a la India que se han visto obligados a reducirlos a la mitad porque todos huían, ahora algunos protestan pero terminan resignándose porque ya han llegado hasta aquí. Nos recomienda que visitemos las cuevas de Ellora, a unas tres horas de camino, dice que podremos entrar en todas a excepción de la cueva número dieciséis que hacen pagar una barbaridad, pero que si seguimos la colina por la parte de arriba, la podremos ver clandestinamente. Un amigo suyo que se ha unido a la conversación nos explica que cruzando el río seco y subiendo arriba de la montaña, encontraremos el mirador desde donde un cazador de tigres británico descubrió las cuevas de Ajanta en 1819. El guarda de la entrada que estaba atento a lo que decíamos, nos sigue un trecho y nos murmura que si somos discretos nos dejará pasar a mitad de precio, le agradecemos la oferta pero no le seguimos la corriente, no es que hagamos aspavientos a la corrupción pero el ambiente de afuera es tan jugoso que decidimos quedarnos a escuchar las anécdotas de los nuevos personajes que se reúnen al redondel. Son los *dholi wallahs*, los porteadores de personas, que alardean de su fuerza, se desahogan contando orgullosos su oficio, nos hacen tocar la poltrona, una silla acolchada montada sobre unos troncos de madera pulida, la construyen ellos mismos, se la cargan a la espalda entre cuatro y transportan personas de todos los tamaños subiendo y bajando sin parar los centenares de peldaños que rodean las cuevas.

Nos dan un apretón de manos, uno de ellos pone cara de misterio y nos confiesa a escondidas que podemos entrar comprando un solo billete rompiéndolo por la mitad, uno de nosotros entra por la puerta y el otro por detrás de los jardines, la llegada de un nuevo parlanchín lo ha hecho enmudecer de golpe y nos perdemos el desenlace del plan. Dicen que las cuevas están malditas, que nunca nadie ha podido reproducir las pinturas de sus paredes, todos los pintores que han pasado años intentando estudiar estos murales, han terminado perdiendo las copias en incendios o accidentes sospechosos. Se ve que preparaban las paredes con una mezcla de arena, excrementos de vaca, pelos de animales, fibras vegetales i cal, los pigmentos los extraían de rocas naturales disueltas en agua y los artistas iluminaban las cuevas con lámparas de aceite y con el reflejo del sol sobre unas planchas metálicas que relumbraba el agua de los lagos interiores. Con la llegada de un nuevo autocar de lujo, todos han reanudado sus tareas y nosotros hemos contorneado el meandro seco del río Waghora y hemos cruzado un bosque empolvado de hojas secas y cactus gigantes, hasta llegar a la cima de la colina. Delante de

nosotros, esculpidas en la desnuda roca del altiplano del Decan, borradas por el polvo y los efectos deslumbrantes del sol, unas veintiocho cuevas milenarias absorben el calor desafiando la desintegración, reviven en la época de los monzones, cuando el río enloquece y llena las hoyas y los lagos obstruyendo las entradas con un velo de agua.

No hay otra salida, desde las cuevas de Ajanta, sólo se puede regresar al “T-Point”. Nos apresuramos hacia Aurangabad, una alegre ciudad de corte islámico decorada con un conjunto de minaretes blancos y desarraigada por una misma generación de mujeres que visten ceñidos tejanos o viven a través del enrejado de una túnica negra. El conductor nos muestra su mano y espera impaciente nuestra reacción, la punta del dedo pulgar se bifurca en dos dedos bien definidos con una perfección exacta de medida y uña, lo mueve alegremente pendiente de nuestra respuesta, sin saber muy bien qué hacer pero guiados más por la situación y sus muestras de entusiasmo que por nuestro sentido común, lo felicitamos por la mutación, hemos acertado, nos da un apretón de manos y nos refriega con el dedo lisiado, es una herencia familiar que trae buena suerte. Hace rato que cruzamos campos resecos salpicados de tumbas musulmanas y granjas de animales, en medio de esta explanada nos sorprende la fortaleza de Daulatabad, quedamos fascinados por la ciudadela que corona la colina de tierra rojiza, el foso y las murallas que protegen las ruinas, lo llaman Deogiri, la colina de los dioses, desde el siglo IX su presencia imponente en vez de atemorizar al enemigo era un reto de conquista, atraía a los sultanes y a los maharajás mas crueles y ansiosos de poder de todo el país.

Las cuevas de Ellora son impresionantes, llegamos cuando comienza a ponerse el sol y ya casi no queda nadie, la luz penetra por todos los agujeros y las piedras adquieren un tono amarillento. El frescor de las rocas, los gritos de los murciélagos y la emoción de pisar unas tierras con tanta historia, nos hacen imaginar mil pensamientos abstractos, rituales tribales, ofrendas sagradas, y meditaciones colectivas de monjes budistas en unos recintos de roca basáltica vaciados a pico y pala, esculpidos a la perfección por las comunidades de obreros y escultores.

Dos kilómetros de cuevas atraviesan el vientre de la montaña Chamadiri desde hace 1800 años, acogiendo a budistas, hinduistas y jainistas que se han ido sucediendo levantando sus dioses. Caminamos silenciosos, absortos por las impresionantes figuras de Buda, rocas talladas con cara de bondad, ojos adormecidos y labios cerrados, acompañados por las *apsaras*, las figuras de la fertilidad femenina y los *dvarpalas*, las figuras guardianas.

La cueva número dieciséis es el preciado templo de Kailash, el monolito más grande del mundo vaciado de la roca en una sola pieza y en el que han trabajado cuatro generaciones de escultores. Buscamos el escondite que nos desveló el amigo de Ajanta y gozamos de las imágenes del templo subidos en la cima de la roca que no vaciaron, nos parece ver figuras de elefantes y unos relieves tupidos que narran las alegrías y las tristezas de los dioses hindúes.

Cogemos el tren nocturno de Aurangabad a Mumbai, son las doce y media de madrugada y la estación es una algarabía, familias que duermen en el suelo, personas mutiladas acostadas al lado de sus prótesis, pasajeros que bajan adormilados y son empujados por los que quieren subir, vendedores que pasean sus carritos y un tránsito frenético de trenes que van y vienen cediendo a la luz escandalosa de los fluorescentes y a los gritos del megáfono.

No dormimos de tirón pero tenemos la sensación de haber cogido el sueño, los dos hemos soñado que viajábamos, uno en un autocar que quedaba levantado sobre su cola por el peso de las mochilas y la pendiente del camino, y el otro que se caía de la litera con una moto de trial.

No nos acordábamos de la miséria urbana de esta ciudad, los montones de basuras que cubren los *slums*, el tufo de las aguas estancadas y el desfile de los hombres a primera hora de la mañana para hacer sus necesidades agachados de cara a la vía con su jarrón de agua para aclarar su mano izquierda. Hace poco más de cuatro meses que aterrizamos perdidos, asustados, confusos y noveles dentro del caos de Mumbai, y ahora, después de recorrer todo el sur del país, volvemos al barrio de Andheri east, lo reconocemos pero no parece el mismo,

le encontramos todas las gracias, quizás sólo varía el estado de ánimo con que uno percibe las cosas o es un mecanismo inconsciente que hace más claras las imágenes que ya conoces o sencillamente es obra de la brutal capacidad de adaptación humana.

Olga&Fraz

El reportaje: El legado de los británicos

Era lógico que después de más de trescientos años de estar sometidos a las órdenes británicas, los hindúes adoptasen distintas costumbres y negocios procedentes de las islas. Negocios como por ejemplo, la industria textil, del hierro o del acero. Pero básicamente fue la red Ferroviaria y la afición al críquet, lo que más arraigó de los ingleses después de que éstos aceptaran la independencia de la India en el año 1947.

Durante el período de colonización, los ingleses desplegaron una gran red ferroviaria por todo el país, de forma que a principios del siglo XX, esta red ya comprendía un total de noventa ferrocarriles y más de treinta sistemas ferroviarios diferentes. Todo ello suponía una óptima red de comunicación que facilitaba a toda la población el poder moverse de un lugar a otro sin demasiado esfuerzo.

A partir de la independencia del país, la India ya contaba con un buen medio de transporte, pero sin ánimo de conformarse, decidió continuar lo que los británicos les habían legado. Por esto el Comité Central de Ferroviarios fue creando diferentes planes con el fin de terminar reagrupando todo el sistema ferroviario del país en nueve zonas, como por ejemplo la del Oeste, la del Sur o la del Nordeste.

De esta manera, reinventando la red constantemente para servir a todas las necesidades de la gente, innovando su tecnología, desafiándose a sí misma y convirtiéndose en magníficas oportunidades de crecimiento, llegamos a la organización ferroviaria que actualmente se puede encontrar en el país. Una red con más de 63.000 kilómetros de ruta, más de 7000 estaciones capaces de transportar hasta 13 millones de personas y un millón de toneladas de material por toda la nación cada día. Todo esto desemboca en la nueva imagen de la red ferroviaria de la India. Una infraestructura de alta tecnología, moderna y segura que la convierte en la más grande del mundo bajo un solo mandato.

Lo mismo sucede con el críquet. Un juego que los ingleses adoran y que contagiaron a la mayoría de los hindúes hasta el punto de que es considerado el deporte nacional del país. Es frecuente ver en casi todos los parques de los pueblos y ciudades, niños practicando este deporte que se juega con una pala de madera plana y una pelota. Muy similar al béisbol americano, pero con unos pequeños cambios en sus normas.

Tampoco es de extrañar que durante las muchas horas que puede durar un partido de críquet oficial, - los hay que duran un día entero -, el país se paraliza para poder seguirlo desde cualquier rincón donde se encuentre un televisor, ya sea desde casa de algún amigo adinerado, o desde algún punto de la calle espionando alguna tienda que tenga el lujo de gozar de uno.

Consejos y curiosidades:

Dormir en una de las literas del tren, es una tarea complicada, sobretodo si eres un principiante. Ya sea por el traqueteo del tren, por los ronquidos del vecino o porqué la litera es demasiado dura. Pero no os asustéis si os despiertan con una suave caricia en los pies, no lo podemos asegurar pero creemos que podría ser por la simple curiosidad de tocar unos pies tan poco curtidos como los de los occidentales o bien por una costumbre supersticiosa de acariciar nuestra pálida piel.